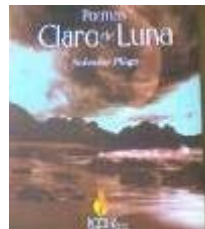


Claro de la luna

Salvador Pliego



Lienzo de flores en tu cuerpo dibujo

Del lienzo emerge tu cuerpo
esbelto, bello, impredecible.
Pinceladas de agua en aceite.
Brochas de púrpura beta.
Niqueladas marmóreas
de paisajes y curvas.

Te quedas pintada en la orilla del alma,
del pecho excelso donde pinto las obras,
y te extraigo de noche
para darte un toque
cual devoto maestro,
perdurando la esencia
de un supremo deleite.

Entonces disfruto la noche
pincelándote el alma,
olvidando la brocha
y seduciendo el retoque.

Lienzo que vibra
en la superficie misma
de mis agonías.
Cuadro de ensueños
pintado en el lecho
de la tela mía.

Lienzo perfecto
en que brega mi alma
pintando su dicha,
como la caricia misma
deleitándose en la obra viva.

Lienzo del alma,
de tu alma encendida.
Cuadro sublime tejido brotando en mi entraña.
Dibujo singular del alba prendida,
de la lira atrapada que musicaliza
mi mente embebida.
Obra perfecta
en mis manos pulida.
Del alma, la noche encendida.

Disfruto los trazos

de un óleo impecable,
cerdamente plasmado
en un rostro afilado.
Te bebes colores, te nutres de amores.
Irrumpes en besos, pigmentos de azahares.
Brotas del lienzo a mis ansiedades.
Devoras gemidos.
Atrapas movimientos fieros, voraces,
e incalculables.
Avivas las ansias de mis tosquedades.
Devuelves tintes de tus mocedades,
frenéticas auras de tus voluntades.
Atrapas los mares en cinceles dorados.
Engulles el roce mezclada en mi ego.
Te diluyes entera bajo mi cobijo.
Y un solo respiro te vuelve a mi nido,
estampando en mi alma
el más bello lienzo jamás redimido:
tu cuerpo de óleo en satín florecido.

Romances y veladas

Acústica sonora, bemoles de tus ojos.
En una mesa puesta la cava de champagne,
la vela solitaria, a media luz entre tinieblas.

¡Oh de aquellos versos de tus labios!
¡Oh de aquella tentación frente a una copa
en la abierta sed de mis deseos!
La cárcava de luna en que te acoso.

Te miro enfrente
como un vino paladeable inagotable,
una luz sin cera que se agote,
una flor sin envase que te cerque.

Primorosa: la noche rinde pleitesía a tu belleza
y me vuelca apasionado al deseo.

Te vuelves infinita ante mis ojos;
Te desgranas como primavera ante mis dedos;
Te descubres como espuma
ante el reflejo de una copa;
Te derramas de begonias en sonrisas y alegrías.

Velada de ilusiones, velada y tentaciones.
Me seduce el fuego de la noche,
me incita el tacto que es aroma,
me invita el lenguaje de tus labios.
Entonces, sin pensarlo, en la velada de la vida,
me acerco y acaricio tu rodilla...

Un lucero en tu semblanza,
cárcava de luna en que se hundió mi anhelo.
Toda fuiste: voraz, intrépida, aguerrida.
Velada de ilusiones proferidas
en que se ahogo el deseo de tu cuerpo.
El sabor del vino entre sorbo y sorbo;
La copa cristalina reflejándose en tus labios;
El más volátil de los cantos
en que la sonora copa se bebió tus besos.
Noche en que mi mano saboreó el tejido tierno.
Centelleos de los astros que miraban
impacientes la hora en que habría de comenzar
el suave acariciar y el lento aprendizaje de tus ojos.

Cárcava de luna en que fluyó mi anhelo.
El deleite de la cava cuando acariciaba tu rodilla.

Cárcava de luna en el suspiro hondo de la noche:
la mirada firme en el fruto de tu suave toque.

Velada en que el silencio susurró sonidos dulces.
El vino y la alegría... la caricia en tu rodilla...
un besar de copas... velada en tus rodillas...

Noche infinita en que la espuma
se prendió del alba,
en que una sonrisa se quedó en la copa
saboreando el cuerpo de la deliciosa uva.

Un mirar de estrellas... una noche ilusionada...

Soledad y celos

Buqué de copas cristalinas,
arden en ti las ansias feroces y esquivas.
Las manos vacías y allá la lejanía...

Poeta errante y ciego

buscando la marea de tus ojos.
Estero en llamas. Furia abrupta.
Frenesí de copas.
Y allá, tú en la lejanía...

En mis manos vacías
caen los frutos sin jugo y sin viñedo,
como brújulas viejas de galeón vencido.
Cuantiosas ansias se derraman
en el consuelo obcecado
en que deseo tu cuerpo.
Me carcome la angustia,
me devora la codicia,
y no tengo tu mirada
entre mis manos atrapada.

Tú, airosa, frágil, centelleante,
caminas por los páramos
entre sonrisas y extraños.
Allá en la lejanía...
Allá donde se escapan
mis deseos y mi anhelo.
Allá donde se esfuma
la ilusión de una palabra
o un afán exclusivo e indiviso.

Que no te toque
más que el viento de mis besos
Que no te palpe
más que el soplo de mi boca
Que no te cubran
más que mis voraces manos
Que te vistan sólo mis quebrados ojos

Buqué de copas y de aromas.
Poeta errante que vive de tus besos.
La euforia plena en que se va el consuelo.
Voraz catador sediento por beberte.
Y tú, allá en la lejanía,
en tus alegres campos,
durmiendo entre sonrisas,
me dejas el destino de tu cauda
en el semblante de un buqué que no se bebe.

Mis acorralados cantos
se ciegan por tu ausencia.

Deja que te toque
como toco en las mañanas las farolas.
Y las palpo y las beso y las devoro.
Deja que te sienta
suave y recostada entre mis hombros.
Déjame sentir el pleno de esa brisa
y tus cabellos volando hacia mi rostro.
Que no te toque nadie,
tan sólo mis labios que te duermen.

Mis manos caen en la copa.
Buqué de llantos y quejidos.
Buqué de espera y letanía.
Furia ciega embravecida.

Y tú, a lo lejos,
bella y pura en tu sonrisa...
Allá en la lejanía... donde no te cubro,
donde no te escucho.
Allá en la lejanía...

Momentos

Me tientas y te tiento:
Tu mano hace en mí
lo que la semilla hace al fruto.

Me tocas y te toco:
La noche plasma en ti
lo que a mi pecho tu latido.

Me palpas y te palpo:
Te envuelves en mi cuerpo,
te fundes y diluyes.

Te acaricio y me acaricias:
De un torso a otro torso,
de un giro a otro giro.

Te instigo y me instigas:
Provocas e incitas,
provoco y seduzco.

Me acerco y te acercas:
La noche hace en el tiempo

lo que la cópula en el nido.

Te beso y me besas.

Te callas y me callo.

Te vuelcas y me vuelco...

En tu cuerpo y desnuda

Azul de la noche, azul de la luna,
se avive la flama, se queme la mirra,
se alumbren farolas sobre la avenida.

Que se prenda La Maja desnuda.
Que se prenda la luna en la altura.
Debajo del fuego se encienda la duna.
Debajo del cielo se escuche la rima.
Que se prenda La Maja,
que se prenda desnuda.
Que me lleve a la gloria,
que me enfile a la dicha.
Que se prenda la luna de azul maravilla.
Que se prenda la noche con tu cuerpo de diva.
Azul de la alcoba, azul de la aurora,
que me encienda la noche La Maja desnuda.

Niña blanca

I

Niña linda, agua clara,
cristalina en tu mirada:
El mar te baña en su ostentosa falda;
El mar te cubre en caracolas cardas.
Mar de niña, niña clara,
en tu ojitos brilla la alegría
oceánica que me cautiva.
Nina hermosa del clavel y la burbuja.
Mar precioso que desprendes
el olor del sorgo en la mañana.
Niña linda, niña frágil,
tu risa aviva el mar
y me deslumbra.

II

Niña de agua, niña clara,

¿podrías alguna vez
besar la luna
y dármele en tus labios de mañana?

III

Nina pura y consagrada,
te amo igual que el alba a la mañana
y cuando se despunta el día
en alborada.

Niña linda, rosa blanca,
de tus ojos llevo el ala
y un pedazo de luna enamorada.

La creación (Versos e ilusión)

I

Puedo con mis sueños
volar hasta la más lejana de las vistas.
Allá donde el cosmos se retuerce y se recrea,
donde el alba nace en las nébulas del universo.

Veo en mis sueños el instante mismo
del sublime embelezo,
donde emergen las delicias y las formas:
La creación que se refleja en tus ojos y en tus pechos,
y el arrebato en unos besos, que no logro contener.

II

Eres incógnita en la luz cósmica que alumbra esa marea.
Brotó tu cuerpo de la constelada bruma de luceros.
Eres mía, aunque la noche me reclame la osadía.

III

Y al sexto día, de las entrañas,
la luz nació de una costilla,
y el iris de la noche
capturó en el firmamento
la más bella sonrisa
que jamás pudiese alguien venerar.
Y nació de esa sonrisa, en un venero, el universo.

IV

Tuve sensación de tierra y fuego.
Tuve palidez y hacinamiento de destierro.
Mas la noche en que en tu vientre

contuviese el respiro,
la profunda hilaridad del universo
me clavó tus labios,
y la noche se estrelló
para inmolarte en sus luceros.

V

Me creaste con tus ojos,
a tus labios me acogiste,
y al caer al lecho,
ese universo... el firmamento...
no sé cómo,
lo prendiste.

VI

No concibo el mar sin unos ojos.
No imagino la alborada
si no atrapo tu mirada.
No percibo una noche
sin tu boca enamorada.

Tus besos

“Es cuando te beso,
el instante en que todo lo posible e imposible
se resume a tu mirada.”

Mario Martín Morquencho León

I

Guárdame en tus besos mujer.
Déjame atrapar en estos versos
la sonrisa pletórica y distante.
Subirme a la barca de los sueños
para recorrer las profundas aguas de tus besos.

Acércame a tu boca mujer,
acércame a tu boca.
Llévame por donde el viento
vuela en el placer en que desliza y retribuye
el indómito precipicio de la altura.

Llévame a tu boca mujer,
llévame a tu boca.

II

Oh sangre, nube, polvo, fuego;
Oceánica marea en que fui atrapado;
Aire indiviso de cumbres Altiplanas;
Milenarias rocas de los mayas enclaustradas.

Oh piedra y piedra, beso y beso.
Tu boca activó el más fiero de los besos,
el más pasional de mis deseos.

Fuego en mí y el alma en desenfreno.
Fuego en ti y el acto se esparció entre los vientos.

Ávido de ti
la tormenta expandió de tajo
el relámpago en el árbol
y en el nido fue a caer
en mis callados labios.

Beso a beso, beso a beso,
como el halcón aterrizando
en pleno vuelo:
agresivo, fiero, voraz,
y dulce, siempre dulce,
que cayó en el lecho entre tus besos.

¡Ah!... la noche clama al cielo
lo que mis labios a tus besos,
y en el cenit donde se guardan billones de luceros
el alma prende la sonrisa
como un acto sublime y eterno,
para serenar la noche
y atraparla en el pecho
con un corazón alegre y de fuego,
uniendo a ti mis labios con tus besos.

III

¡Gritad, gritad!
Alfarero, hortelano, acerero,
joven jornalero del torno y de la rueca,
alegre carpintero del cincel y de la broca.

¡Gritad, gritad!
A la roca, a la semilla,
al ave en su crucero,
al pez en su odisea.

Gritadlo a todos y en la cima.
En la cumbre, en la taberna,
a la masa que hace pueblo y camino.
Gritadlo a pleno pecho y sin tapujos:
Llevo el éxtasis del contacto de sus besos.
Llevo el corazón colmado de sus labios.
Llevo el beso de su boca y en mi boca.
Llevo un beso y el canto enamorado.

Fuego en mi y ardí como la tierra madre.

Fuego en mi y prendí el grito airoso hacia los vientos.

Fuego en ti y la luz se encienda sobre el orbe.

Fuego en mi y perderme para siempre, para siempre,
en un beso... un sólo beso... en tu beso.

Poesía tu mirada

Poesía que en mis manos se deleita en azucenas.
Tus palabras sacuden el viento en la montaña.
Y en la cumbre donde sopla airoso
en ciclónicas ráfagas melódicas,
tus ojos se descubren como el alma poética
que llena los confines de mi pecho.

Poesía de tus ojos, el alma del poeta.
Poesía de tus labios, la rima y la prosa.

Suena a ti el deshojar de las palomas en otoño.
Sabe a ti la marea regándose en la arena.
Se escucha en ti el palpitar de los gorriones.
Se abre en ti el capullo y sus botones.
Se duerme en ti el colibrí chupando bendiciones.

Todo en ti, como el sueño del poeta:
Abro los torrentes de la vida
y te encuentras en medio enardecida;
Estimulo el elemento esencial de la materia
y eres natural belleza de su forma.

Todo en ti se escribe y se adorna,
todo en ti se bebe y se conquista.

Como un sueño volcánico
te escribes en la pluma,
te derramas en copiosas
manchas que no agotan su tintura.

Poesía de tus labios, poesía de tus besos,
el alma y sueño del poeta.

Y le escribo a tu pupila
con el sentimiento profundo que me exalta;
El verso vivo de tus ojos
en la claridad de una mirada.

Poesía tu mirada, en la flor de la alborada.

Tú, sólo tú

Nuevamente el mar, tus ojos,
su cauda, su marea desbocada,
el deseo atrapado en su torrente campanario.
Ondas como caracolas sucediéndose una tras otra
y llegando a tus rodillas
para reventarse en luces de colores amarillos.

Te extiendes en la plenitud del agua
y creas el oleaje con tus dedos.
Y ese mar te palpa humedeciéndose las manos
para resbalar en tu cuerpo delicado.

Tú creas el mar en la mirada de la tarde que me toca.
Tú forjas la vastedad del deseo que me excita.
Tú sueltas esa ola que seduce y agita,
y la revientas nuevamente
hasta que mi pecho la palpita.

No encuentro maravilla
más allá de tu mirada.
No existe fundamento
más allá de tu pupila.
Evoco todo cuanto existe
y se resume siempre
en tus ojos que relumbran.

Nuevamente tú, toda tú.
Así el mar te llama, así la ola se recrea,

así la oceánica y sumergida flora
te empapa y te arrulla,
así todo cuanto es
termina en el centro de tus iris.

Mar, siempre mar,
como tus alas,
como tu boca.
Náutica y preciosa,
viajera y desprendida.
A ti el mar llevó de cresta a cresta
hasta surcar la proa.
De vela en vela
las dormidas aspas se agitaron bajo el agua.
La barca generó la brisa,
tu labio suscitó el aura.
El viento desprendió la noche,
y tu cuerpo frotó mi adolorido tronco.

El mar musitó el gemido,
tan calladamente,
que aun teniéndote a mi lado
no pude ni oírlo.

Prometeo

Desde tus pies la cumbre titánica
se levanta en micénica epopeya.
Gigante, esbelta, el arte que Eros
propalara en tu belleza.

Me hablas mujer desde la cima
para alcanzar la llama
en el centro de tu pecho,
y me encumbro desde abajo
hacia el Olimpo celestial que brota de tu cuerpo.

Hay Hadas que soñaron con tus piernas.
Hay volcanes que gritaron por tus muslos.
Ardientes Troyas generaron mil batallas
para escurrirse en el dominio de tu entorno.
Y ahí estuve en la odisea:
palmo a palmo, toque a toque,
sintiendo el orbe
con las yemas de mis manos.

Hubo sombras y deleites,
pero sólo en tu cadera
conocí el temblor de la mañana.
Así viví la tregua de laureles,
el arco forjado tras el triunfo,
las pléyades cantando la ascunción
de los titanes.

Y en tu vientre, ¡Ah, mujer, mujer!,
más allá de toda obra...
La telúrica verbena en que los Dioses
festejaron sus proezas
y alabaron la armonía y perfección
de la belleza.

Pero yo contuve el fuego,
de tu pecho hacia mi mano,
de tu aliento hacia mi boca,
de tus labios a mis labios,
en la brasa eterna del apego.

Y mi corazón se abrió
como la llama consumiendo al viento,
para propalar al orbe
el amor que vivo y que profeso:
Te amo mujer y a los ojos que venero.
A ti exalto como bruma incandescente,
de ti depende mi silencio hilarante,
a ti reclamo como el aire que me nutre.
Te amo mujer, y es todo lo que siento.
Te llevo adentro, en el fuego que me nace.
Te amo a ti, y es todo lo que siento.

Tu mimo

No fue la luna,
sino el aliento de la noche
y el beso prófugo despojado de tu boca.

Tú me creaste.
Así risueño e hilarante:
Pájaro sin alas en esteros luminados;
Humo blanco en las alturas y en los riscos;
Espora limpia sin tierra y surco al descubierto.

Busco en el universo la estrella que no me ha besado
y que oculte los rasgos que tu boca me ha enseñado.
Quizá a millones de años luz.
Quizá en el infinito aún no imaginado.
Prendida como estuario. Fulgurante como rayo.
Impredecible cual aurora.
Que lleve la alegría que yo mismo he robado.
Que muestre la sonrisa que nunca he ocultado.

Alguna vez, de tiempo en tiempo,
busqué la cauda en esa estrella,
en el confín lejano que guardo en el pecho
para honrar tu nombre y el sueño enamorado.

Yo, viajero impertérrito y distante,
años luz en la alegría,
pasajero sideral del entusiasmo,
jovial guardián de la fosforescencia,
efímero y fugaz entre los astros,
guardé en tu mimo
la caricia plena que extasía,
la sonrisa universal que me forjaste,
aquella que me mira en tu pupila
y se avienta decidida
alumbrándome la cara en regodeo.

Que me digan las noches tu nombre y lo repito:
Hermoso centelleo; Dorada gota en la nébula escondida;
Radiante flor girando en los cuerpos amarillos.

Te persigo como centinela allá en la altura,
y te beso y te acaricio
hasta agotar la luna,
cuando el sol despierta
y percibe que te llevo como parte
de esta inagotable algarabía.

Te vuelves mi universo.
Te vistes de mis días.
Te fraguas fresca de mi regocijo.

Eres infinita, constelada estrella,
azul galaxia en espirales de caricias.
¡Que me digan las noches tu nombre y lo repito!
Y que se avienten tus pupilas,

a mis labios, con tus besos,
entre estrellas, en el mar de luces que me agitan.

Tu vientre

Levante el azul del río
y duerma sobre suspiro,
asome la vida y cante
del verso más rozagante.

Alienta dulce mañana,
anima cual regocijo,
azahares de nieve blanca
en los sueños le acoja vivo.

¡Despierta, linda, despierta!
¡Alúmbrame el camino!
Se mueva tu vientre, encinta,
y en pecho suspire el niño.

Qué bella va de mañana,
como agua se va el rocío,
tu vientre de dulce y grana
color de la carne y nido.

Voces que el llanto alaban
sobre tu canto duerma encogido,
llevas el alma en calma
cuando susurra la voz del niño.

¡Despierta, linda, despierta!,
se mueva bajo mi oído
la almohada que lo levanta,
la sangre de mi delirio.

Se aviven luces de olivo,
mar de tu vientre vivo,
se crezcan verdes guirnaldas
en noches ilusionadas.

¡Despierta, linda, despierta!,
de rosas prendas el alma,
del vientre que agita y tienta,
del mundo que te lo aclama.

Ebrio de ti

De la cava extraigo el aroma de tu boca,
Sabor a vino tus labios endulzan esta copa.
Toda fresca cual racimo, toda dulce en la vaina.
La barrica en que tus besos fermentaron los suspiros
y el elixir contagioso en que nos vimos.

Gota a gota fui saciando la sed
y el embrujo en que caté tus labios.
En la noche del destino
nos bebimos juntos entre risas y ambrosías,
entre besos y caricias,
y quedó la luna
embriagada y cortejada,
y quedó la noche
en el aroma de tu almohada.

He bebido como el mar que sorbe sus fronteras:
Los ojos de tus playas,
las sábanas que vuelan tras tus brazos,
la fértil cosecha de tus muslos,
el arroyo que riega tu espalda donde habita
la desinteresada tela de tu cuello.

Ebrio, ¡sí!
y no puedo esconder la copa de mi mano,
y no puedo encubrir el beso
que derrama de mi boca.
Aturdido entre tus brazos evoco
tu silencio y mi silencio.
Frenesí de copas, de besos y de aromas:
la callada copa en que marqué tus labios.
Frenesí de nudos y gargantas.

¡Que se calle la noche por un rato!
Alzo la copa y bebo de tus labios
en el brindis de tus besos,
el aliento aromático que emerge de tus pechos.
¡Que se calle la noche por un rato!

Te quiero

Sospiro* mio e tan mesurado
ca echados de las sus bocas e vera palabra.
Que a mia graçia coraçon rogava.
Avrie alma mas osava
contigo dulce commo los ojos.
Non por ricos nin por plata.
avemos dezir e las almas, amas.

Gueno**, ya mi canse de decirlo bonito...
Pos yo quiria decirte que ti quiero.
Que ti amo, ¡muncho!, ¡muncho!, ¡muncho!...
¿Tagueno?

* Español antiguo, siglo XI – XIII.

**Español moderno, no culto.

El amor volvió

He de confesarlo, sí,
que decirte amor rompió la calma que tenía.

Ah Venecia pura, góndolas de viento,
velas que del fuelle se extravían en suspiros.
Me quedé en el puerto de los sueños,
en la barca airosa de la risa,
bebiendo noches, saboreando lunas,
galanteando auroras.

Y el amor volvió y se quedó prendido
como el muelle salpicado de latidos
donde el mar iba y venia,
donde yo iba y lo traía.
En la resaca te veía,
en la ola te acogía,
y sólo las gaviotas murmuraban
cosas que el viento les oía.

Venecia hermosa del canal que me prendía.
El amor llegó en tus barcas,
en crecientes olas blancas
y el amor correspondía.

He de confesarlo, ¡sí!,

que en tus aguas me perdía.
El amor volvió y en góndolas me iba.

Venecia hermosa, amada mía,
sabes a miel de ébano y a baya dulce,
tienes el color moreno y rozagante
del puerto ebrio en que el paisaje
es durazno y azabache.
Llevas esos ojos cristalinos
que el murano escribe en lejanía.
Tu cuerpo es puente
y el balcón de mimbre
que en veladas noches se esculpía.

Preciosa, hermosa, dama mía,
el amor volvió a la vida
y tu boca me prendía.
Góndolas de viento, góndolas del puerto,
tus brazos me mecían
y en ellos me escondía.
Belleza y dulce mía, que en tus besos me acogía.
Góndolas de luna sobre un pecho que lucía
los más fragantes senos
que el alba merecía.
Góndolas de brisa que me dio la vida.

He de confesarlo, ¡sí!,
preciosa dama mía,
que besé la luna
en la Venecia en que tu ibas.

Eras la noche

Radica en tu seno
el aroma dulce de la guaba,
el fresco otoño de las uvas
que se enraíza en los jardines.

No hay vestimenta
más que el alba frágil.
Ni siquiera rozan
con sus dedos
los rayos que broncean.
Eres la cosecha
de la fruta picoteada

en mi boca, en mis manos,
en cada poro abierto de mi tacto.
Y te devoro como se devora
la semilla en el surco y en la tala.

Fresca noche en que el fruto
maduró en mis manos.
Te contuve, te amé, te hice mía.
Horizontes que cantaban
en los dedos me prendían.
Bocanadas de aire de los besos extraía.
Y se armó la noche,
en sus ráfagas, en su simiente de latidos,
en sus ojos troquelados de gacela taciturna.

¿Y a quién prendió el amor
si me guardó en su gruta?
¿En qué viento fue por mí?
¿En qué cercana vela
irradió su luz para encenderme?

Ahí estuve contenido:
en tus brazos, en tu vientre,
en tus labios de ave extendida,
en tus senos de volcán y de amapola,
en tus muslos de seda y de marea.

Eras la tarde, tú, amada mía,
el mástil que creció ante las olas,
el estero esperando las gaviotas,
púrpuras aguas de paisajes y aullidos.

Y la noche se vino como lobo embravecido,
entre tus brazos y los míos,
entre tus besos y los míos.

¿Qué tanto, amor, gasté tus labios?
¿Qué tanto tus quejidos?
¿Qué tanto los suspiros?

Eras la noche, amada mía,
eras la noche cuando yo desvanecía.
¿Qué tanto desgasté tu boca?
¿Qué tanto, amada mía?

Viento de los cisnes

Suspendido en la intacta luz
del entusiasmo, me desvisto, te dibujo y te acaricio,
y en plena noche de vientos y diluvios
ruego en ti nacer bajo tus besos y tus labios.

Imploro como el ciervo
el bosquejo de tus ojos
que delinean como yerbas
los aromas y las matas,
y ruego a ti, como dócil cérvido en el lecho,
posar tus iris en mi rostro
y dejarme amarte
bajo el sueño eterno de los cisnes.

Vivo en ti

Si se pudiera diluir el alba
viviría en ti como la aurora
y tendría noches, alientos y perfumes
que vivirían en ti como tu sombra.

Vives en mí, vivo en ti como tu boca,
y cada beso que me toca
de alelú el cielo vibra y goza,
y te siento como el alma de la rosa
que del pecho su capullo alborozaa..

Vivo en ti, así la noche lo pregona,
así la lluvia lo asegura,
y de tus ojos miro y veo
lo que palpo, siento y quiero:
un jazmín de bella forja,
un laurel de hermosa alondra.

Vivo en ti como la sombra
que desprende, canta y ama,
y se anida en tu boca
cuando besa y alborota.

Hoy estuve colgado a tu cintura

Tintero del poeta, sueño de vergeles

en la vega de la vida.
Un bosquejo se fue sobre la pluma
delineando poco a poco la textura.
Te forjó el verso, te fraguó la tinta,
te quedaste en la cédula inscrita.

Hoy estuve colgado a tu cintura
como músico de viento,
adherido como espiga,
como aquel samaritano desprendido
que se apega al encanto y al acierto.
Y sin notarlo, sin palparlo,
caminé en tu vientre y tu figura .

Tintero del poeta, alfarero de la rima,
la fresca nota en que accedí a la dicha.
El canto del abeto, la flauta embebida,
los sonidos de la flora en la boca de la cima.

Hoy estuve colgado a tu cintura
mientras tú a la tarde le ofrecías
el diario oficio de la vida.
Y sentí tu vientre con las yemas
desgranando hojas y albricias,
arrullando la franela rosa en que mecías,
desvainando frescos lirios y delicias.
Hoy estuve colgado a tu cintura
y vi reírte al sentir caricias.

Hoy estuve colgado a tu cintura
y la tinta derramó en la palma
la palabra que el sereno aclamara,
y teniendo por testigo al mar y al cielo,
me arrodillé ante ti y clamé a los cielos,
pedir tu mano y que fueras viento.

Alfarera

No creo en la tierra sino en tus manos.
No busco soleras sino tus ojos.
Y me embarco a tus yemas
de gubia que ciegan mis ojos.

Un día de la arcilla
juntaste las manos

y rajando mi pecho penetraste el costado.
Moldeaste mi cuerpo,
forjaste del horno el rojo amuleto,
dejaste ternura doquier en mi torso.

Creo en tus manos como el fuego sagrado,
hechas de fino y sutil relicario.
Alfarerita, niña bonita,
la sangre de barro tornóse tu canto.

Llevo el amor de tu dulce caricia:
de barro me hiciste, del barro naciste,
de la arena surgiste, de la greda me ungiste.

Llevo el amor en la arcilla que oleaste
y el fruto de un beso en el pecho sangrante.
No busco la tierra sino tus manos.
No quiero el molde sino tus dedos.
No palpo el cuerpo sino tus ojos.
No siento el pecho sino tus labios.
No tiento el alma sino tus besos.
No llevo nada sino tus manos.

Tengo tus labios

No me importan tus dudas,
crecí con las lluvias,
en el agua y el viento,
en la caricia del alba,
en el abeto y el lino,
saturado de aromas,
acurrucado de esporas.
Nací con tus besos,
me forjé de tus labios,
me impregné de tus manos.

No me importan tus dudas,
revivo en tus besos
cada vez que me tocas.
Renazco de auroras
cada vez que palpitas.
Me anidas el alma
con tus ojos y flamas.
No me importa si hay dudas,
te llevo en mis labios,

en la alforja en que alumbras,
te llevo cubierta
de mis dedos que tiemblan,
de mis pies que abanicán,
de mis ojos que imitan
tu sonrisa que trina.

No me importan tus dudas
cada vez que me tocas.
Tus besos me dicen
miles de aromas,
tus besos aclaman
cuantiosas alcobas,
tus ojos
me esconden bellas aureolas,
me incitan e invitan
a tus alegrías,
a tus noches prendidas
sobre las caricias.

No me importan tus dudas
cada vez que me tocas.
Tengo tus besos que me extasían.
Te miro a los ojos para que sonrías.
Resbalo mis manos sobre las albricias.
Diluyo mis dedos sobre tu figura.
Escapo mi aliento sobre tu agonía.
Me enredo en tu cuerpo a la plena dicha.
Saboreo tu piel de noche no extinta.
Penetro a la vida y me regocija.

Me miras entonces,
y emerge en tu rostro
tu bella sonrisa
y me dice que todo se vuelve caricias.

No me importan tus dudas.
Tengo tus labios... y no tengo dudas.
Tienes mis besos... y no tienes dudas.

Negros tus ojos

Silbo en silencio la partitura de tus ojos.
Emiten una melodía de murmullos.
¡Qué sé yo! Se escuchan retumbar en las gladiolas,

entre arpegios dulces de begonias, crisantemos y los lirios.

Silbo entonces los bemoles de los nardos
y así en silencio abres los ojos contemplando el verano.
Llevo el corazón hasta la boca de las flores
y me silban al oído del iris claro en que te llamo.

Música de pausa, azules y respiros:
así tus ojos se abren y escapan a los vientos.
El eco aviva majestuoso su destino
e irrumpen siempre del follaje cristalino.

Negros tus ojos, del placer
inquieto en que desvivo,
del ansia por tocar la flora y su vestigio,
de la bruma clara y siempre acogidos.
¡Qué sé yo! De las ansias de mirarlos encendidos.

Silbo y canto por tus ojos vivos,
acorde melodía en que suspiro.
Música de viento, guitarras y gemidos;
Ritual de manos en las cuerdas adheridos.

Te miro y palpo igual que al soplo mío,
aire y fruto que siembro en mi cobijo.
Me miras, te miro, ¡qué sé yo!,
igual que el pulso mío,
y me lleno de zarzas, glosas y suspiros.

Silbo al viento la partitura del gemido,
de tus ojos que murmuran mis sentidos.
¡Qué sé yo!, de las ansias de tenerlos míos.

Eres mujer

Eres mujer... y toda tú eres única.
Se sienten tus colores vivos y granates.
Se escuchan tus sonidos en bemoles relucientes.
Eres única en los cantares de la aurora.
Atestiguan por ti melódicas y universales epopeyas.

Aún tus besos saben diferentes a la brisa.
Sabes tú a la mar que pica y salpica;
Al bello resplandor, amarillo y reluciente.
Sabes diferente a todo cuanto es y cuanto existe.

Eres todo cuanto nace del ambiente:
una caricia de ala, un rozar de la mañana.
Eres única del alba y madrugada.
Endulzo nubes de tu boca.
Contagio al mirlo de tu noche deslumbrada.
Eres todo cuanto existe en la alborada.
Eres mujer... y eres única en mi alma.

Amarte a ti es tocar al sol firme y de gala.
Eres mujer, de la escarcha y la caricia.
La alegría que me enfila, la sonrisa que me excita.
Eres pan de día y el almuerzo que convida.
Noche en luna y feliz algarabía.
Te amo a ti, mujer,
porque eres única en mi vida.

Eres mujer... y eres única.
Tú,
como ninguna.

Mírame...
Cierra los ojos...
Tócame...
Deja que mis fantasías se desborden.

La carta

Sabes, desde ese primer día el despertar se ha vuelto diferente. Y no es que haya cambiado algo, o tal vez si... ¡quién sabe!... Noto una sonrisa extraña por doquier voy caminando, o será la mía que se asoma sin recato por donde ando deambulando. Desde aquel día todo se volvió alegría. Aún recuerdo el momento en que te vi y sólo opté por sacar un verso de mi alforja para leértelo entusiasmado. Mientras yo me esmeraba al leerlo notaba tu mirada fija en mí y esa atención que de repente se volvió delirio.

¿Cómo decirte ahora lo que siento, si he escrito tanto para ti y no encuentro más palabras que arrancarle al viento? Y suspiro por tener del alba la palabra que a tu aliento reconforte y quitarle al menos los vocablos que hagan manifiesto mi sentir. ¿Cómo decirte ahora que esa sonrisa que departe por la vida me nació de ti y tu alegría si no encuentro obra poética más que tu boca en mi boca?

Mira a lo lejos... Cierra tus ojos... Escucha el mar latiendo con sus olas. Rompiendo espuma y crestas. Hablándole al viento como se hablan los sonidos. Seduciendo las gaviotas con sus alas de bruma en regodeo. Visitando caracolas que brincan sobre infinita grava.

Imagina el mar como aquel perdido verso que aún trato de encontrar. Como aquella bella tarde que intento redactar volviéndola una ola o el azul mirar. Igual que tu mirada que no logro descifrar... Imagínalo en silencio, que aún no cesa de volar y se va volviendo canto, murmurándote al pasar...

Mira a lo lejos donde el canto habla entre versos y atrapa cada brisa que revienta en tu mirar...

He tratado de encontrar palabras y decirte lo que siento... cómo es que llevo esa sonrisa por doquier y muy adentro. Pero no hay palabras, lo sé. Simplemente le alegría que me da el diario caminar.

Y resumo para ti esa alegría con los más simples vocablos que la mar me susurró: Te amo.

Mira a lo lejos... Cierra tus ojos... Escucha la mar...

Canto a la luna blanca

¡Niña, niña, si te besara...!
Agua de luna en mi ventana.
Si te besara, si te besara,
brille la copla de madrugada,
que vienes linda, cual más hermosa.

¡Niña, niña, si te tocara...!
Vendría la luna alborozada.
Si te tocara, si te besara,
se haría el día como tu boca:
de ojal y escarcha, en brillante aroma.

¡Niña, niña, si te palpara...!
Tendría los dedos sobre tu luna.
Si te palpara, si te besara,
daría las noches por madrugadas,
daría suspiros por bocanadas.

¡Niña, niña, si te arrullara...!
La luna hablara sobre mi almohada.
Si te arrullara, si te besara,
tendría tu boca clara y sedosa,
tendría sonrisas por la alborada.

¡Niña, niña, si me besaras...!
Si me besaras, si me besaras...
harías mi vida junto a la luna,
junto a la luna, junto a la luna.
Si me besaras como ninguna...

¡Niña, niña, si me besaras...!
La luna desbordaría si me tocaras.
La luna blanca si me palparas.
La luna nueva de mi ventana.
La luna en flora sobre tu alcoba.
Si me besaras, si me besaras,
serías la luna junto a mi boca.

La noche en tus ojos

Sigue así: como tu boca, como tus ojos, como tus manos.
Igual la noche en su profundo canto besa la luna y el infinito.
La misma tarde, al alba, versa su copla para alumbrarla.

Pero no cambio nada por esos besos de madrugada.
Pero no cambio nada si son tus besos los que me bañan.

Y el aire irrumpe sobre el rocío para esparcirlo,
como los ojos negros que centellean entre los astros.

Pero no cambio nada por esa boca inmaculada.
Pero no cambio el tacto que me desviste para palparla.

¡Ay! Mis ojos te buscan entre la noche:
en el recinto de las estrellas, en la resaca de tu mirada...
donde tú escondes los labios para forjarlos,
donde no hay viento, sólo el sereno,
y ese infinito de tu mirada.

Noche que esconde profundidades
cuando los astros del firmamento tocan tus ojos.
Luces de crin sobre tu rostro:
¡Ay! Si yo pudiera tocarlo sólo.

Pero no cambio el tiempo si son tus besos.
Pero no irrumpo al alba si son tus labios.
Pero no escondo el alma si son tus manos.

¡No cambio nada... No toco nada...!
Desde el espacio, sólo tus ojos...
Desde la noche, sólo tus besos.

Mirando la luna

I

Sueña la luna que besaba al día,
¡Ay de los sueños en que me tenía!

Era una luna tan bella y tan fina
que portaba el alba como melodía
y cantaba versos donde el sol dormía.
Llevaba flores en la tierra viva
donde el cielo en luces siempre le acogía.

¡Ay la luna, la luna donde me mecía!
de los ojos lindos en que desvivía,
de los sueños claros que por ti sentía.

...Y yo la palpaba tan linda y tan mía
que por mirarla cerca me desfallecía.

¡Ay la luna, la luna de arriba
que en tus ojos iba
tan linda y bonita como tu alegría!

II

Estaba la luna bajo tu mirada...
En silencio la noche
con su manto negro iba y la acosaba
y la luna, en tus ojos, de cerca la atrapaba.

Yo toqué tus ojos con la suave yema que nació del alma
y besé tus labios con la luna nueva
que vistió de cala,
y palpé tu rostro en la oscura noche
bajo la mirada que la luna me guardaba.

Y la luna se callaba cuando me besaba,
y la luna sonreía cuando me mirabas.

Yo toqué la luna,
y en el resplandor del alba
la miré bonita,
la miré preciosa,
la besé en la boca.

Serenata
(En corrido mexicano)

Atrevido y bragado y con reata de ixtle
a la luna le canto por enamorado.
Sombrero de fieltro y chapetas de cuerno,
alzada la frente y espuelas de plata,
airoso y valiente en la silla y machete.

Que soy de la tierra de los ahuehuetes,
magueyes de siembra y tunas al aire,
chaqueta dorada en gamuza y botones,
prendidas cananas que suenan mi nombre,
corbata de lana y sarape bordado
y un beso en el aire para enamorarla.

Bravío y arisco como el buen mariachi,
del lomo montado y en funda el revolver,
chaparrera y correones bien puestos y firmes
para echarle un grito a los valentones.

Y vengo cantando lo que canta el mirlo
por besar de nuevo sus labios y el trino,
los labios benditos que besara tanto.

Que se oigan los gritos pues no soy rajao,
que se oiga el revolver y corran al vado,
que yo he nacido para besarla
e hincarme en sus ojos por enamorado.

Lo canto y lo grito como buen jinete,
en la silla montado, en fuste dorado:
Es tan linda y hermosa
que besé la tierra que tocó su mano.
¡Que no hay mujer más bonita
y más bella
que aquella preciosa a la que he besado!

Toquen mariachis, canten vihuelas,
que hoy he de llevarle bajo las estrellas
y besarle en una serenata
a sus bellos ojos y a su alma entera.

¡Ay, ay, ay, ay!
¡Que se escuche el grito del enamorado
y resuenen trompetas que ya llega el charro!

Amor

¡Qué ganas de mirar tus ojos!
Me hincó en tu pupila por tocarlos
y el otoño se deshoja por rozarlos
cuando se abren en sus ramas.

¡Qué ganas de mirarte toda!
Nacer desde tus manos
a la suavidad del pétalo,
a la frescura de un manzano
que se endulza desde el árbol,
a la hermosura de tu encanto.
Saborear la danza, como el colibrí,
que en su cotidiano aletear
seduce a la flora: le habla,
la corteja y la bendice.

¡Qué ganas de besarte toda!
Tener la boca que refresca y ama
y seduce y sólo a mí me llama
porque habla de mi boca.

¡Qué ganas de sentirte toda!
Y regalarte un beso cuando oigo
la palabra que me nombra
y me vuelve dócil en tu aroma.

¡Amor! Me llamas y trastocas,
me agitas y emocionas,
me vuelves todo y nada
y no encuentro más respuesta que mi boca.

¡Qué ganas de tocarte!
¡Qué ganas de palparte!
Vibro y siento los latidos
y no hay respuesta más allá
que mi boca que te toca.
¡Qué ganas de besarte!
¡Qué ganas de besarte toda!

Cherchez la femme!

¡Buscad a la mujer!

Aquella que del brazo de la lluvia ha besado
y ha dejado por doquier
rastros de un aroma immaculado.

Aquella misma que es fragancia y delirio
por su encanto y que a su paso
rosas blancas respiran de sus labios.

La misma de los ojos nardos,
de la pupila negra de amaranto,
la del iris de topacio y de murano.

¡Buscadla a ella!
En el capullo de alelí y la gladiola,
en el azul del mar reflejando la farola,
en la pluma del merlín que en el cielo resplandece.

A ella misma,
que es pigmento de la tierra, alba y firmamento:
primavera seductora y otoño colorido.
La misma que en las manos
lleva el viento dulce de los trinos
y hace eco cada vez
que el ave hace suspiros.

A ella. ¡Sí, a ella!
¡Buscadla a ella!

Y si la encontrases,
y si la mirases,
decidle:
que guardo un beso para ella ilusionado.

Besarte toda

Contaré trescientas veinte veces trescientos
para besarte toda.
Vendré bajando desde la cresta hasta la cauda,
desde los riscos hasta las grutas,
de ala en ala, de pluma en pluma,
bajo tu sombra y bajo el aroma,
y por encima de lo que el alba
me dijo nunca me le acercara.

Empezaré de este a oeste

fijando un punto sobre tu frente.
Iré contando lento y despacio
pues hay besos que valen oro
dejarlos quietos sobre tu dorso.
Y hay besos que son de encanto
y esos los pongo juntitos todos
a que se agrupen
abanicando tu dulce vientre.

Hay besos que se hipnotizan,
se vuelven locos y caen cual flechas
para perderse en tu pecho y vibran.

Hay besos, y tantos besos,
que voy contando sin darme prisa.
Y cuento y cuento sin agotarlos,
sólo que ericen tu piel y tiemble.

Y cuando llego a doscientos treinta,
sin que lo notes,
finjo demencia para iniciar de nuevo
la cuenta en cero:
trescientos veinte, trescientas veces.
De oeste a este para ubicarme
y llenar de besos esos espacios
que me faltaron de este a oeste.

Trescientas veces para que sueñes.
Trescientas veces para que vibres.
Trescientas veces, a que me beses.
De este a oeste, cubriendo todo,
para animarte, para extasiarte,
para que sientas la primavera
que va naciendo desde tu vientre.

Mujer

¡Ah casquivana!,
que rodaste como piedra
entre los brazos y los besos
y sedujiste a cuanto caballero
puso la mirada en tu silueta.
Ibas como el agua: apaciguando sed,
acariciando las gargantas,
cautivando a aquel que en tu hermosura

veía el aposento y la lujuria.
No dejaste agasajo sin rozar tu vientre,
ni púrpura mirada que no halagase
la provocadora sed de tu figura.
Te diste toda como la semilla
que brotaba de la tierra
y germinaba con la gota
de la intemperancia y desenfreno.

Recorriste todo con tus ansias.
Te ofreciste como aquella flor
que se corta y que luce su belleza,
y que muere y seca a falta de fragancia.

Te ufanabas del cuerpo
que indujo a aquel que te admiraba
y le dabas sólo gotas
cual pócima para que nunca te faltara.

Hoy que emergen los recuerdos
y el tiempo se marchita
mostrando en mis ojos las arrugas
como esquivas rojas
que se abren paso por la vida,
fluyen nuevamente los olores
que del pecho en rosa virgen te brotaban.

Te imagino de nuevo como aquel clavel
de blanco que floreaba en los estuarios.
Como aquel rocío fresco que humeaba entre las manos.
Como aquella rosa perfumada que al olerla
levantaba mi pasión y me excitaba.

Eras tú la belleza del jazmín y la azucena.
El olor de fruta que en la uva se chupaba.
El tacto que en la noche, bajo sombras,
se escapaba y aromaba.
La Ninfa que en un vaso de agua me bebía,
tan desesperadamente, que no dejaba rastro
de tus muslos en mis manos.

Mujer: eras la Diosa que en los besos te esfumabas;
El suspiro puro que absorbí de un sólo sorbo;
La desbocada ansia de mis brazos;
El ritual eterno de arrumacos, delirios y delicias.

En ti fluyeron los versos como el río a las orillas.
A ti las aguas colorearon con la sal
para que al sentarte en las arenas
te besaran los pólipos y las mareas.

Eras tú la sed de viento, el despertar del fuego,
el mirar de los sonidos, la colosal y telúrica
rabia en que las bocas se prendían.

No entendí entonces que tú eras la fuerza
que éste cuerpo me pedía.
El néctar sabroso que a mis labios seducían.
Y dejé pasar tu aroma
como aquel que sin olfato perdió la herencia de la vida.

Déjame sentir de nuevo tu pecho en la franela de mis manos
y así de suaves, tersos, acariciarlos,
como el fino polen que se pule en el capullo.
Tocar tus manos de corola y refinado lino.
Rozar tus labios y llorar en ellos el dolor y mi castigo.

Déjame postrarme ante tus ojos
y doblar los míos con las lágrimas
que ruegan el perdón ante el olvido.
Y saber de nuevo, que algún día,
tendrás mi boca protegida.
Y llorar callado... en silencio...
perdonando mi descuido.

Violín de guerra

Escucho los estrépitos de sus quejidos,
violines corvos, violines rotos:
Las cuerdas tristes y enroscadas;
La mirada de un niño entre esquirlas de batalla.
Violines tristes entre lágrimas y flautas.

Y no, y no, y no...
Que no suenen las bagualas notas rojas
como los acordes de sirenas
donde sombras corren a esconderse
y a taparse, y a cubrirse,
y a dejar indicios de llanto amedrentado.

Violines corvos, dolidos y cascados.

Violines rotos de los niños asustados.
Violines aciagos y callados.

El llanto se me escapa
en cada cuerda fracturada,
y el violín oye su nota silbando en la metralla
arpegios tristes de la aurora.

Me arrodillo, Hermano Gandhi,
a tus pies de paz y de murmullo,
a tu blanca vestimenta de sosiego,
y con Luther King a un lado,
lloro el llanto de las cuerdas,
lloro sangre que vi en la calle derramada,
lloro al hombre, que dejó en la cuerda
la diseminada nota de su ausencia.
Lloro siempre, por la paz que se perdió en tu cuerda.

Tristeza
(Los versos de la soledad)

"A mis soledades voy,
a mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos."
Félix Lope de Vega

I
Lóbrega batalla te has crecido,
mi amiga, mi fiel escudera y compañera.
Penumbra que cobija mi ventura.
Soledad que nutre mis valijas.
En ti desvivo el ansia y el desasosiego,
la impertérrita oquedad de los sepulcros.
A ti recurro como ofrenda y sacrificio.
Te soy fiel como el labriego a su semilla.

Tristeza mía y compañera:
me eres fiel, eterna amiga.
Siempre unidos a la vida.

II
¡Liberad la furia, fiera noche!
Devolved la afrenta que en los ojos se quedara,

que no guardo lágrimas,
más que la humedad
copiosa que quedase
por siempre inadvertida.

III

¡Dejad la guadaña alzada!
¡Dejad la guadaña izada!
Yo sufro tanto en el alma,
que un día que la sombra caiga,
la muerte en su gesta brava
conmigo habrá de usarla.

IV

Me basta el silencio
para cabalgar conmigo mismo.
Recorrer el prado y los molinos
guarecido en la amargura
de un pollino.
Que no tengo Caballero
que levante envergadura,
ni cobijo alguno de Hidalguense investidura.

V

De mis soledades voy y vengo en el camino,
y el día que me quieran
guardaré cobijo
con la cara al frente hacia el encino.
Guardare cobijo y dejaré la tumba al camino.

VI

Alma mía cuando vas herida,
la tristeza es fiel amiga
cuando azoras en cuclillas.
Alma herida, que te vas esquivando.

VII

Un día de llorar caminos,
¡se quedaron tantos!...
¡se quedaron tantos!...

Yo tengo los míos propios.
Eludo los esquivos.
Habré de llorar tantos desnudos
que nunca he de volver a los perdidos.

VIII

Tengo tantos caminos...
y sin pena volví a bregar.
Que surjan cantos y versos,
algún día les he de llorar.

IX

Cada cual con su tristeza,
la rabia y la oquedad.
Yo tengo la mía propia,
me basta mi soledad.

X

Poeta triste
recogiendo los pelmazos de alegría,
¿cuando te quedaste
en esta ausencia
recogiendo los pedazos de la risa?
Y aquellas carcajadas
que eran obras de algazara
se quedaron frías
en las muecas y en las rimas,
como aquel payaso
de las tristes carcajadas.

Alegría del verso

Alegraos poetas,
juglares del verso,
cantores del vino,
alegrad esas coplas
con risueñas palabras.
Un canto entusiasta,
un sonido que exalta,
una estrofa en una guirnalda,
el susurro de la luciérnaga
prendida en la palma,
el despertar de la abeja por tan sólo tocarla,
un búho en la altura desplumando biznagas,
el circo de hormigas bailando su danza.

Ponedle cabriolas en la panza a la tierra,
hacedle cosquillas para ilusionarla,
recitadle el poema para enamorarla,
picadle el ombligo para cortejarla,

hacedle una mueca y mordedle la boca en la playa
para que sienta la alegre palabra.

Alegrad el poema, el verso y la estrofa.
Brincad en la luna para que sonría
o en el ala de un loro para que se ría.
Montad en el lomo de un escarabajo
y corred tras la lluvia con su algarabía.
Ventilad a la oruga con gestos chistosos
para que transforme su vestidura
y nos brinde de lleno su beata hermosura.
Hacedle mechones al alba y mojadla,
con suerte y resbala por la madrugada.
A un oso pardo enseñadle la panza,
a un gato arrugado alargadle la cara,
a un tigre en su tinta ponedle camisa
y corred como lince por si os alcanzara.

Vestid cada quien cual payaso en pijama,
reírse del otro y compartir risotadas.
Llevad en la rima la increíble alegría
que es muestra de dicha y de lozanía.
Reíd todos juntos, amigos poetas,
hay carcajadas hasta en las palabras.

Ja, ja, ja, ja, llevadla por siempre
en el gusto y la rima.
Sacadla del alma y alegraos la vida.
¡Llevad la alegría como biografía!

Cantar del Mio Aguayo

Canto I

(Donde se narra la historia del pueblo de El Alto y el pueblo de El Bajo.)

Gesta de trova, berma y confín,
las flautas de mimbre, del cedro y jazmín,
cuentan juglares la historia con pompa y flautín.
Allá por la meca en el verde aserrín
forjóse la gesta del pueblo aguerrido
y a punta de fuerza la letra talló
fundiendo en las brasas el sonoro clarín.

Aguayo era un pueblo de clanes formado.
Pegado al cerro, El Alto es llamado;

Cercano al arroyo, El Bajo es nombrado.
Valientes sus hombres, de fina hendidura,
los cercos cruzaban mostrando su hechura.
Bellas mujeres paseaban sus lindos haberes,
regando las calles de miel y querer.

- Esperad, esperad, viejo bardo, poeta trovano,
que he escuchado que Aguayo es un pueblo
y no El Cid que esperamos del canto.
- Dejadme seguir, escuchante, buen hombre mundano,
dejad que la historia prosiga y no interrumpid.

Parientes cercanos de El Alto y El bajo
formaban el pueblo en el valle de Aguayo:
aquel era el primo, el otro el sobrino,
a cual que mirases era tío del tío.
Así en el valle sentóse la historia que voy a decir.

Canto II

(Donde se narra de cómo inicióse la contienda y sus consecuencias.)

Gordiano era patriarca del cerro de El Alto.
Hombre vivaz, adusto y arisco,
de mueca brincona, de labia saltona.
No daba sosiego si alguien osase ponerle por peto
abstinencia y mordaza y dejarle la lengua callada y en veto.

Incisivo, Gurmino era el anciano del área de El Bajo.
Huraño y esquivo, como el primo de El Alto.
Cuanto más se porfiaba de su sabio talento,
más discutía consigo y dejaba el sustento.

- ¿Y si eran familia, entonces por qué la contienda?
- He dicho que guarde la lengua y me deje seguir.

Cuenta el flautín que un día por la tarde
a media vereda escuchóse un grito a medio morir.
Una Doncella del pueblo de El Alto gritó pecho abierto
pidiendo auxilio a quien le pudiese asistir.
Por miedo y tristeza la dama ultrajada no quiso los nombres decir.
Corrieron entonces valientes guardianes
a El Alto y El Bajo buscando al causante del hosco improprio,
que a más de un fulano le hizo zaherir.

- ¿Entonces dejó de ser Dama la bella en desliz?
- No entiendo su mofa, ¿lo vuelve a decir?

- ¿Que si ya no era Virgen la pobre infeliz?
- Vaya osada pregunta, me ha hecho reír.
Su vana consulta no me hace feliz.
Si era Virgen o no, no lo puedo expresar.
Era bella de origen, clavel celestial,
agraciada y maja cual divino rosal.
Virgen impura...
- ¿Perdón?
- Mire lo que me hace decir.
Mejor se me calla y me deja seguir.

Buscando al causante del cohecho e infortunio ultraje,
expandieron la búsqueda sobre los jacales
y sólo dos hombres de El Alto y El Bajo estuvieron ausentes
y entre matorrales: Gordiano fue uno, el otro Gurmino.
Y a falta de pruebas que delatase al culpable
cada quien con su gente se fue a su poblado,
dándole inicio a la lucha en el vado.

Canto III

(Donde se narra las trágicas y tristes batallas a consecuencia del consabido ultraje. De cómo pulularon quejidos y fuertes blasfemias. De los chismes que corrieron para generar intrigas en ambos frentes. De una que otra ofensa proferida, además de los castigos al oprobio, del engaño y la traición. Así como la incertidumbre por la falta de Doncellas Vírgenes durante la cresta del aguerrido conflicto.)

Amén.

(...)

- No entendí. ¿Cómo que amén y ya? ¿Qué quiso decir con eso?
¿Y todo lo que iba a narrar?
- He dicho amén.
- ¿Y la Virgen Doncella?
- Prosigo.

Canto IV

(Donde se ilustra de los pormenores del susodicho ultraje.)

Cansados los aldeanos de rudas disputas,
firmaron la paz en noble hidalguía,
poniendo por regla sentar en la silla
a aquellos sujetos que comenzaron la felonía..
Quince valientes y bragados hermanos formaron la mesa,
que en torno a Gordiano y Gurmino, los juzgaría.

-¿Y ahí estaba la bella Doncella sentada?

(...)

-Nuevamente prosigo.

La gente atisbó inicialmente a Gordiano.

Fieras preguntas, secas miradas, esperando respuestas del viejo de El Alto.

Paróse Gordiano mirando al empedrado

y con flácidas fuerzas inicióse el relato:

“No fui yo quien lo hizo – afirmó el anciano.

Gurmino y yo estuvimos tomando refino

hasta las horas que el viento da escalofrió.

Ya siendo tarde nos fuimos hacia el camino buscando bajarle un poco al vino,

y habiendo un desvío miramos de lejos su bello racimo.

Fuimos entonces a decirle de cosas, mas ella lucía como diva enjaulada.

Juro no fui el que la ultrajara.”

De Gurmino fue ahora el turno, quien más que asustado,

titiritaba cual palo de escoba frente al ágora que buscaba el reclamo.

“Juro, igualmente, que no fue felonía lo que le pasara.

Tan sólo el ombligo fue lo que le tocamos. Y fue un simple dedo lo que le acercamos.”

-¡Ja!, el ombligo... ¡le voy a creer...!

-¿Qué no ha de callar?

-¿Para qué quiso gritar?

-¡Por Dios! El alma he de sosegar y el injurio no expresar.

-¿Entonces aún es Virgen?

- Mi boca he de tapar antes de la blasfemia declarar.

-¡No lo puedo creer!

-¡Sálvame cielo y dejadme acabar!

El vulgo clamó a la Doncella y cedió la palabra sobre la palestra.

Del jurado una voz declaró cual sentencia:

“Decidnos entonces, ¿por qué el grito en la selva?”

Y la Dama mirando el lucero propaló su palabra:

“Porque ya estando animada, de los dos ninguno hizo nada.”

-Ja, ja, ja, ja... entonces ninguno...ja, ja, ja, ja...

-Silencio, por Dios, que es usted peor que bazofia.

-Y ella animada... ja, ja, ja, ja, ja...

-¿Habrà usted de guardar compostura?

-Si, pero... ja, ja, ja, ja...

(...)

-Concluyo, por tanto, el relato.

El juzgado decidió clausurada la sala

no habiendo alegato que empañase la audiencia,

diciendo inmediato, por ley y por regla,

que picarse el ombligo era muy grato.

-¡Vaya Doncella!
-He dicho me callo, pero digo estoy harto.
¡Si ha de hablar una más, con esta lo mato!

Canto V **(Donde se concluye la historia y el canto del juvileo.)**

Desde entonces el canto del juvileo,
donde la gente le hace al meneo,
el dedo pulgar es todo ajeteo
que se mueve al ombligo más feo.

¡Juvileo, juvilei!, que vista el hombre cual Rey,
y lleguen bellas coronas pintando el aura y la grey,
por esa lindas Princesas que tienen ombligo
y los toca mi dedo cual suave carey.
¡Juvileo, juvilei!

-¿La Doncella es aún virgen...?
¿Y si le toco el ombligo...?

El cóndor

I
Tierra adentro,
cordillera de serpientes,
pincuyos secos de chacra negra y sol ardiente.
La llama acecha al vuelo
en su vertiente sedentaria.

Fuiste tú, ave, la puerta al viento,
el carrizo del hombre milenario
en la tumba del hueso y el quejido.
Rapaz, voraz, en tu pico
sació la Reina el deseo del tributo,
el ansia del esperma de los hijos de la piedra.
Tú en la altura, más allá del cuerpo y de la cima,
más allá de toda obra o centuria,
enterrado en las laderas del vértigo y la hoguera.
Fuiste hombre, vicuña, ave real de los caminos,
zorzal de trigo, sikú de viento,
atole oscuro, bebida y vino.
Ahí desgranaste la virtud del sueño
para clavar las manos sedientas de amor,

sangre y gemidos.

Voy a ti,
pueblo ancestral, regia temple,
en la cimitarra de plumas y sonidos,
en el pico, en el ala de mazorcas y delirios,
a saborear las rutas que en la historia
el hombre hizo destino,
a planear el vuelo de la altura hecho vestigio,
a dejar la sangre que no encontró camino.

Vuelo adentro, tierra adentro.
Aprendí del cóndor la extensión de alas,
la plenitud de sueños,
la magnimidad del cieno,
la eternidad del fuego.
Fui a la altura a saborear
cada espora y cada aroma,
a deleitarme de la bienaventuranza de su vestimenta,
a besar las nubes con la boca,
a degustarla en una copa.

Y sólo el cóndor incrustó en mi alma
la perennidad del fruto,
y me lanzó a la cima
para hablarle al hombre:
de la piedra, del canto,
de los sueños,
de la eternidad augusta del deseo,
de la solera volátil de las coplas,
de las joyas hechas piedra y hechas manos,
y dejar el vestigio
de que hubo alguien
que soñó en la altura,
y guardó el secreto
en su mortal investidura.

II

Así el cóndor habla,
tierra inca, tierra noble;
El portal de piedra,
de la roca en que naciste.

En cada piedra una mano sumergiste.
En cada roca el dolor y llanto proferiste.
Joyas a tus pechos como látigos de siglos

y el milenio en que escondiste
la llaga del quebranto por los hijos que perdiste.

La milenaria noche de las piedras,
la escondida fortaleza del guijarro y los gemidos.

De la roca emergió tu ala
y en la cima de la cuesta y la ladera
el hombre se hizo cóndor,
del bagaje de la tierra,
a su propia vida.

III

Así naciste:
Hombre pico, hombre ala,
hombre garra, hombre pluma.
En la ladera de la tierra,
en la remota cima y la montaña,
en el surco de tu herida.
Ahí donde sangraste
con las lágrimas de piedras y campanas.
En el precipicio de la historia y sus hazañas.
Convertido en cóndor.
Desgarrando al hombre y sus entrañas.

IV

Vuelo en ti,
sideral raza protegida,
universal bandera del cielo y de la orilla.
Fui a la cordillera en busca del camino
y logré del cóndor su pluma en mi costilla
para robarle al Inca la humilde sencillez
del viento, la gesta y la semilla,
y descubrir del ave
la altivez del vuelo y de la vida.

Así nació la historia y el Inca se hizo roca.

Agua clara y cristalina

¡Jersú, los zapatos!
De agua clara y cristalina la tarde le bañaba,
y el sol de madrugada a su piel de cardo le tocaba.
¡Jersú, los zapatos!

Y corría tras la venda que a sus pies descalzos le tapaban.

Dicen que la noche te quería
postrado en la avenida,
y era el rayo de la luna
quien ungía tu alegría.

Zapatitos cardos, zapatitos nardos,
del andar descalzo y sin reclamos,
de la calle fría y los andamios.
Piesitos tristes del rodar la vida
en la edad risueña y puericia.

Zapatitos dulces llevabas en las manos,
corriendo tras la brisa,
gozando la desdicha,
llevando algarabía y la mueca de la risa.
Zapatitos lisos que llevaban tu sonrisa.

¡Jersú, los zapatos!
Los soñaste un día
con la mirada infantil de tu alegría.
Los quisiste un día
y desapareciste un día.

Lágrimas de viento,
el corazón de la pobreza.
Te vio correr cuando nacías.
Te vio volar en su agonía.

Niño de espavientos, del agua cristalina,
de las noches de vendimia.
Carita alegre de la triste luna,
del rodar la vida tras las correrías.

¡Jersú, los zapatos!
Y corrías tras la venda
a cubrir las llagas que tus pies descalzos te pedían.

Latinoamérica canta

I (El nacimiento)

Háblame de ti: de tu viento, de tu olvido.
Entierra ese vértigo en mi adolorido hastío.
Volveré al vientre de tu sufrido grito
y gritaré contigo largas noches el quejido,
y lloraré contigo como cuando era niño.

A ti cubrió la tierra con su rebozo de suplicio:
hincada en el molino, tajando el sol, tajando el frío.
La mueca del silencio embadurnó tu rostro
del salitre puro del gemido.

Háblame de ti: de la deshilachada noche,
del viento viviendo en el suspiro,
de las gotas de agua que nunca
humedecieron tu mejilla,
del llanto amargo contenido
y de los dientes que mordieron labios
por la mazorca que no volvióse guiso.

Como si nacieras tú en la roca
y de la roca fue el primer llorido,
sangraste por la tierra a tu hijo herido:
del parto grave a la bandera de los ríos.

Así, Madre India, nació tu hijo:
degollando surcos y labrando los caminos.

II **(Sangre Azteca)**

Del hueso al vientre, de la acalorada tarde
a las faldas de aguas blancas,
volcánica y sedienta
herviste la cosecha con tus rojas savias
y sangraste como loba herida
en las cenizas de la tierra
para resurgir aullando
en la maíz y huitlacoche negro.

Yo caminé en tu vientre,
geografía pura de faisanes:
junto al ocelote, al tucán y el guacamayo.
Escondiéndome del ahuehuete;
Seduciendo su milenaria corteza y su añoranza;
Hablándole al jazmín de sus colores;
Pintando vainas en tupidas selvas;

Describiendo colibríes, tan pequeños,
que aún el alba se prendía de sus alas.

Un día, en el planeo de la vista,
divisé en el vuelo la serpiente en su morada.
En plena euforia de tierra y de mazorca
me volqué en picada
y hundí los dientes en su cuerpo hecho rosca.
Enredé el cascabel al hombro y lo clavé en mi pecho
para gritar el parto del guerrero
y batir las alas en la estirpe del imperio azteca.
Para besar la tierra del nopal y sus magueyes.

III

(América: su extensión)

Roca en roca, la cúspide le habló al hombre.
Lo hizo piedra y templo.
Lo bautizó con los guijarros de las norias
hasta llegar a la Patagonia liberada.
De norte a sur como cincel incandescente,
como piedra en bruto de onix y dominio,
extendiendo sus brazos a la cima .

Así Teotihuacan lo hizo guijarro y osamenta.
Así Macchu Picchu lo vistió de musgo y sedimento.
Así el Maya lo plasmó en el sacrificio.

Y el hombre protegido en su raza
se hizo piedra, simple piedra, milenaria piedra.
El guijarro sencillo del camino.
El cimiento y mineral en la ruta
donde el hombre fue invadido,
para hablar por la voz de los vencidos.

IV

(El pueblo habla)

Eras tú, piedra, la voz que me llamaba,
desde el fondo del camino hasta la soledad del templo.
Eras tú, con tu látigo de carne y suplicios,
la llaga misma del latido abierta en el destino.

Era el hombre piedra de las flautas y las quenas.
El guijarro de sikús, flautas y bramidos.
Roca brava en la biznaga y los espinos.

Así hablabas de tu litoral belleza:
de la cordillera ancestral del viejo Olmeca
hasta la Patagonia de las llamas y vicuñas.

Fuiste tú, hombre roca,
en el silbido de las aves y jaguares,
quien alzó la voz sobre banderas
para atestiguar que la raza
era morena, sedienta y combativa.
Del guijarro mismo, de la misma roca,
taladrada en el tiempo y el sonido.
De la misma roca.

V

(Belleza de la tierra)

Vi tu rostro, tus ojos y tu falda,
y no hubo mujer mas linda que me hablara.

Eras continental, morena, de ojos negros.
De alto vuelo, de infinita grana.
Cordillera fue tu cuerpo,
de norte a sur, hasta la punta.
En la misma roca que me hablara.

Ven a mí, dulce y combativa,
a rescatarme en tus alas de vetusta filigrana.
A alzar el vuelo junto al águila del viento,
junto al cóndor de altiplano,
a besar las noches con mi amada.
A dejar el sacrificio de la roca centenaria.

VI

(El hombre)

La raza era roca, serpiente, llama milenaria,
cóndor de arrecife, litoral de plata,
cordillera en vuelo, amazónica jauría.
La bandera de los ríos protegidos.

A ti entregué las plumas del honor
y del prestigio,
y me devolviste en un penacho
el honor de ser testigo de tu sideral bandera.

Ven a mí, voz de templo y raza.
Háblame del canto como yo te hablé del mío.
Sumerge tus latidos a los míos.
Llévame a la roca donde yo he renacido.
Déjame guijarro donde yo fui sometido.
Húndeme en la tierra donde el viento fue temido.

Levanta tu bandera
y deja que mi canto se vuelva uno
donde piedra, surco y vida hizo destino.

Llévame a la cumbre,
a la pirámide del hombre,
y hazme en ella el quejido, la palabra y su martirio.

Pasión del vuelo.

I

Viento al viento, del hombre su latido.
De cumbre en cumbre
subí a los litorales de las nubes,
a la esponja de la gota fulminada de humedad y cielo,
entre fulgurantes vértices dorados de rocío.

Allá en la altura fui a conocer las alas:
su plumífera extensión,
su síndrome de vuelo,
su inalterada pluma de guitarra;
El cuerpo airoso en que deslizan los latidos.

Como un pájaro que cantó en el suspiro,
de trino en trino,
volví a nacer en la frontera misma de la tierra
para ser ave de cuerpo y vestimenta
en el sueño profundo de la vida,
y ser del vuelo el cordial huésped,
y del eco el silbido en su sonoro grito.

Como ave en celo
me vestí de plumas, de aire y de cenizas
y desprendí al viento mi aguerrido grito.

II

Eran alas:
de mimbre, lata y oxidadas.
Eran alas:
la esperanza de canto desgarrada.
Eran alas:
como un río de sangre atrapada,
como un manto del alma abandonada.

Allá en el sueño donde nadie me llamaba
o la vida que en la noche suspiraba.

Eran alas,
y sólo tú veniste a consolarme
cuando yo lloraba entre alambradas;
A pegar las alas en el alma,
a cargar las plumas cuando tú me consolabas.

Eran alas
donde sólo tú me resguardabas.
Eran alas...
Eran alas que pegaste en el alma abandonada,
y surqué con ellas,
de tu mano,
los espacios y la vida en enramadas.

III

Me reconozco
pájaro de mimbre,
pájaro de estambre,
pájaro sin vuelo.

Pero llevo en ti las alas y el destino.
Llevo en ti las plumas
de viento, soplo y paraíso,
y no hay frontera, tierra o cadena
que detenga el vuelo,
ni los sueños que profeso.

IV

Yo era vuelo:
pájaro que picoteaba el arenal
o sembraba con sus garras
el trigal en la madera.

Me codeaba con las plumas flagelando las cortezas:

picamadero del pino fresco y del duro cedro;
Pájaro de verdes plumas, de rojizo pico,
de las garras blancas, de los ojos del manzano.

Yo era vuelo:
El sideral ser sin tierra,
de la búsqueda del hombre entre montañas.
De la estatua germinada entre guirnaldas.
Nacido de la tierra misma y sin fronteras,
sin litoral ajeno, sin cerca alguna que me atara.
Yo era el hombre y las alas mis amarras.
Yo era el viento y la alas mi cabaña.
Sin fronteras, tan sólo el vuelo en mis entrañas.
Nacido entre los hombres sin fronteras.

V

¿Era el dulce trino en pleno vuelo que escuchaba
un murmullo sutil de lira que tocaba
o eras tú quién me llamaba?

Era el eco melódico de un canto
que en mi oído acurrucaba,
o eras tú que en el murmullo me buscaba?

Seguí tu trino hasta encontrar tu ala
e hice mía tu pluma y tu guirnalda.

VI

Oh los anhelados gritos del ave en la enramada.
Oh las plumas que en las nubes desvanecen cual esporas.
Oh los aleteos que se escapan y van como suspiros.

Yo, pájaro terrestre
de ancha pluma,
de curvo pico,
de cardo pecho,
de roja cola,
emprendí el viaje a la inmortal batalla
para refrendar del alma
la pasión al vuelo
y cosechar del viento
la palabra al canto
que en la pluma derramara.

Hospedado por la vida

fui dejando esteros
que mis brazos aletearon.
Y en la garra yo contuve,
como ave de rapiña,
las vocales de mi canto
y el desesperado eco del silbido.

Así nació mi tinta, mi verso y mi palabra:
para soñar las alas...
para soñar el trino...
para soñar la vida...
para volar la vida.

La terquedad del círculo

-Era un círculo perfecto, inmune a la diatriba, soluble en la saliva...
-¿Algo así como un ombligo?
-No... Insisto: era un círculo perfecto de corte transversal, falaz ante la lumbre, paralelepípedo en la cuerda, fugaz y descortés...
-¿Estaba sucio el ombligo?
-¡Qué no! Va de nuevo: era un círculo de pana con barniz sabor a menta, algodónado entre las vainas, con gustillo a caramelo y cubierto de avellana. Tenía por...
-¡Ajá! Era sensual el ombligo...
-¿Otra vez? Y dale con lo mismo. Reinicio: era un círculo de viento que en la nube hacía aspaviento, que en el rayo hacía tornados, que soplaba por los lados, que gritaba en el costado...
-¡Uy! Entonces estaba enojado. Pobre ombligo. ¿Habrá sido el mío?
(...)
-E...r...a u...n c...í...r...c...u...l...o d...e a...l...a...m...b...r...e
q...u...e cogióse entre las ramas el sabor a cacahuete y llevaba de enramaje un ardid de escaparate, con mirada azul granate, que vestía entre...
-¡Ándale! Chulo el ombligo pues. ¿Llevaba arete?
-¡Y dale con el ombligo! ¡Qué fijación la suya!
-Vale, ni que no tuviera usted.
(...)
-Era un círculo de rizos y caireles que portaba bellos aros pues gustaba del aroma que pescaba de la flora y llevaba minifalda, cual...
-ja ja ja ja, afeminadillo el ombligo, ja ja ja ja...
-¡Oh, Dios!...Era... Era... Era un círculo relleno de cajeta y de ciruelas que al membrillo le cantaba y a la avena le rezaba, que colgaba de viñedos con las uvas en las ramas...
-¡Epa! ¿Dónde? Yo no veo nada en mi ombligo. ¿Será porque hoy me bañé?
-EEEEEEEEERRRRRAAAAAAAAAAAAAAAAA UN CÍRCULO DOrado de ojal, grana y arropado que cuando se inclinaba de luces se llenaba...
-je je je... Sensualón. Y de seguro era de alguna solterilla por ahí...

-¡Ay , que me ha puesto de nervios! Era un círculo cerrado...
-¡Eh!, ni que fuera señorita...
-¡Total! He terminado y no digo más.
-¡Ah!... Ya lo sabía: era el ombligo...
-¡Por Dios!... Dejémoslo en cuadrado. ¿De acuerdo?
-¿Un ombligo cuadrado?...

Los Heraldos blancos
(Al poeta de la masa y los Heraldos: Cesar Vallejo)

I
Y si cae la tierra,
y si cayese
de las manos,
si cayese hasta la zanja
del dolor de los quebrantos,
o se fuese entre los llantos
sacudiendo las miradas,
como un río en desconsuelo
que en las rocas se santigua
y flagela de por vida.
Y si cayese boca arriba,
de sus fauces, pecho arriba,
¿quién dará la mano
que del suelo en agonía
al hombre levantara?
¡Ay! Si cayese toda,
la madre tierra,
la tierra toda,
si se fuese toda,
y la sangre en las rocas taladrara
del grito que el valiente aclamara,
entonces,
a cerrar los puños,
a cerrarlos todos,
a doblarlos firmes,
para retener el polvo
con el que la nada nos forjara.

Y si hubiese un hombre,
uno sólo,
un sólo hombre
en la entraña de la tierra
que cerrase el puño,
que cerrase del vértigo

la herida abierta,
como Heraldo Blanco
que dormita en los adentros,
en lo profundo,
allá en el alma,
callaría el llanto
e iría en las llanuras a galope vivo,
de la crin del cieno,
en el corcel de aire,
a galope vivo,
sin tener fronteras
ni buscar destinos,
en la paz del mirlo
que nos dio el camino,
a gritarle al mundo
de las alas blancas
que de un niño se abrazaban,
a gritarlo al viento,
a galope vivo,
a galope vivo.

II

Cabalga y cabalga,
a galope y correa.
Amarradme en el ala,
a la crin y la cerda.
Despuntad la lancera
y empuñadla hacia enfrente
y bregad los jinetes
del confín y la muerte.

Cabalga jinete, cabalga en el alma
y amarradme a las alas,
a galope hasta el alba.

De los cuatro jinetes
de gubia y de muerte
trotando el Heraldo
vencióles la suerte
y la masa, de un ala,
triunfante, a galope,
alzóse en la furia
de brazos del hombre.

Cabalga jinete,
cabalga hasta el alba,

a galope, a galope,
donde el viento encendióse.
Cabalga jinete
derrotando a la muerte,
despierta de nuevo
a la lid y al combate.

Dejadme en las alas,
saleroso jinete,
amarradme a la crin
y trotad a capela
y gritadles a todos:
¡He vencido a la muerte!

Cabalga jinete, cabalga en el alma
y amarradme a las alas,
a galope, a galope, a galope,
con el puño de frente,
a todo galope.

Levanta jinete y agita tus alas.

Era un poeta

Era un poeta que soñó la luna
y la guardaba en la palma de la mano,
y nunca abría el puño
para que no se le escapara.
Y todas las mañanas al sol le platicaba
de la luna parda
que escondida estaba en su ventana,
y de la ardilla calva
que del árbol se colgaba
y con ella recitaba.

Era un poeta que al corazón besaba
y de sueño en sueño
las barbas le mojaba,
y sentía que volaba
cuando sus latidos le pulsaban.

Era un poeta que subía a la cruz
en su escalera,
para bajar al cristo de su cabecera,
y le rezaba y le rogaba

que se fuera al mar,
al que siempre le miraba.

Y de lejos señalaba
la barca azul dorada
donde a veces se embarcaba.
Y navegaba y navegaba
hasta alcanzar la curva
en que la mar se desbordaba.

Era un poeta que se perdió en la mar
y su voz versaba
cuando la ola reventaba.
Y se escuchaba siempre
porque a mí me despertaba,
y se escuchaba siempre
porque fuerte a la barca le remaba.

Y al estar en ella
sacaba un verso
de la vela que soplabo
o del mástil que apuntaba
hacia el espacio que miraba.

Era un verso carmesí y plata
que alumbraba,
un anhelo del alma que escapaba,
un suspiro tan sólo que del cielo murmuraba.
Era un verso tan bonito
que a mí me ilusionaba.

Era un poeta, era un poeta
que a la mar cantaba
y a la ola le besaba
y me dejaba absorto cuando le escuchaba.

Era un poeta que me enamoraba,
que se fue en la cresta
cuando el viento le soplabo,
que se fue a la mar
en la ola que soñaba,
que se fue a la nada
en la espuma que le amaba.

Libro impreso en Chile. Abril - 2007
DERECHOS RESERVADOS
Registro de propiedad intelectual en
Santiago de Chile.